

NUESTROS NOMBRES.

En Coquimbo comenzó todo. Fue allá donde accidentalmente se conocieron, en el pasillo de vinos de un supermercado. Victoria pasó con su carro y torpemente tiró una botella al piso, situación suficiente para llamar la atención de Alfred. Dos meses después, estaban rumbo a Montepatria, sin mudanza y en una vieja motorhome.

Llegaron en octubre. Ella nunca había escuchado hablar del pueblo. Él ya lo conocía suficiente y, sin mucho esfuerzo, la convenció de venir. Le prometió paz, una vida sencilla y un ambiente tranquilo, rodeado de naturaleza. Eso, era suficiente.

Al llegar, esa noche los recibió la despampanante luna de Montepatria. Los cerros estaban cubiertos con un velo color azul plateado, era mágico. Mejor aún fue el amanecer. El sol resplandecía. Tencas, tórtolas, alguna que otra loica y muchos, pero muchos, loros trichahue, avanzaban escandalosos y con prisa a desayunar al interior de los valles. La promesa de Alfred y el espectáculo que la naturaleza del lugar les brindó, fueron la combinación perfecta para comenzar su nueva vida.

En marzo del siguiente año comenzaron las lluvias que pusieron fin a una larga temporada de sequía. Pudieron ver y vivir la felicidad colectiva de un pueblo que tenía como principal actividad económica, la agricultura ¡Todo era prosperidad!

El tiempo avanzó más rápido de lo esperado y Alfred le pidió a Victoria que se casaran. Tenía la ilusión de ver sus nombres grabados por siempre en la historia de Montepatria, pero, antes de que ocurriera, Alfred enfermó. El tiempo no esperó y Alfred murió.

Victoria enfrentó más sequía, un terremoto, y una pandemia mundial que prometía acabar con la humanidad. Más de una vez intentó huir. Quiso escapar y abandonar los recuerdos de los mejores años de su vida. Tardó un poco en entender que los momentos junto a Alfred se habían quedado grabados en cada pueblo que juntos recorrieron. Tulahuen, guardó el eco de sus risas en las montañas; en el Valle de Rapel, se quedaron las melodías de su guitarra; Carén, se quedó con el calor de sus cuerpos en el caudal del río; en El Tome, aún recuerdan sus locuras y al Embalse La Paloma, fueron a dar todas sus promesas, muy cerquita de las ruinas. Alfred se quedó a vivir en cada rincón de Montepatria. Las flores también lo extrañaron, pero ellas nunca pensaron marcharse.

Hoy sus nombres están escritos en un robusto pimiento y las cenizas de Alfred fueron esparcidas por el cálido viento del verano, bajo las faldas del cerro tutelar, el gran Huaiquilonco.